

PIERRE DRIEU LA ROCHELLE (1893)

## A vosotros, Alemanes

A VOSOTROS, Alemanes — por mi boca al fin libre del sello  
|de la taciturnidad militar — os hablo.  
Nunca os he odiado.

Os he combatido a muerte, con el deseo tiesamente desenvainado  
|de matar muchos de entre vosotros. Mi alegría ha ger-  
|minado en vuestra sangre.

Pero sois fuertes. Y yo no he podido odiar en vosotros a la  
|Fuerza, madre de las cosas.

Me he alegrado de vuestra fuerza.

Hombres, sobre la faz de la tierra, regocijémonos de la fuerza  
|de los Alemanes.

Por mi parte yo alabaré a los muertos que mi nación les ha  
|contado y felicitaré al planeta por llevar sus sobrevi-  
|vientes.

Sus hombres son numerosos y valientes. Empujados por la  
|fiera exigencia de sus jefes, han procedido, honrando a  
|la historia con múltiples proezas.

Bendita sea la fe de los hombres que osan renovar el aspecto  
|del mundo según el ideal que aman.

Con el orgullo de las razas maduras, así premeditaron vuestros  
|amos, Alemanes, y vuestra potente obediencia aceptó el  
|dolor de acarrear en vuestra sangre esta nueva invasión  
|de lo grandioso en el mundo.

Generosa ambición de los pueblos fuertes que se agotan para  
|alcanzar lo absoluto de la potencia y que se entregan

|al sueño temerario de propagar más allá de sus hori-  
|zontes la Idea que adoran bajo su cielo.

Cuando por fin la plenitud ha sido lograda, que ardan brusca-  
|mente en los ardores del paroxismo antes de esperar los  
|marchitamientos pacíficos.

Hace solamente cien años

Los Franceses forjaron contra la paz del mundo su Idea  
|dominadora

Y sus ejércitos labraron a Europa, veintitrés años, con el cruel  
|arado de la buena nueva.

La idea está sedienta de sangre.

Mas que: diez batallas y el Alemán cesa de dormirar bajo  
|ineptos reyezuelos.

Hoy, boca con boca, en el urgente cuerpo a cuerpo, el Alemán  
nos insufla su ardor nuevo como para crear el mundo.

¿Contra el estupor de los pueblos cansados, hay algo que no  
|no sea el cañón?

Os he combatido, Alemanes, pero no he querido negaros.

¿Cómo podía yo amaros mejor? Porque lo que yo amo en  
|vosotros es lo que yo no soy.

A despecho de nuestra resistencia habéis podido desplegar  
|vuestro esfuerzo y vuestra total grandeza.

En la lucha nos hemos exaltado.

Al fin somos iguales en el triunfo sobre la muerte.

Odio sano que nos separa y que nos permite ser y adornar el  
|mundo con los pliegues magníficos de nuestra dife-  
|rencia. En la pintoresca imperfección de la vida, nuestro  
|mutuo desconocimiento es una apasionante aventura.

No renegaré de Charleroi y de que allí, gracias a vosotros,  
|gracias a vuestro desafío animador conocí el innegable  
|minuto

Cuando cargaba contra vosotros, a ochocientos metros, con  
|mis deliciosos Franceses y que vuestras ametralladoras  
|nos dieron una severa lección de técnica militar.

Desde ese primer día, los años se derramaron monótonos y a  
|menudo no conocimos en las trincheras más que una  
|bestial abominación.

Hasta en Verdún por momentos yo perdía la cabeza y recha-  
|zaba el dolor.

Pero recordemos que es la vida. ¿Se le puede pedir más que el  
|justificarse durante un minuto?

La paz con el amor — ¡oh Don Juan! — la paz con Dios —  
|¡oh Pascal! — ¿acaso dió algo más?

Silencio sobre el Arte: ahora estamos exilados de él.

Para algunos hombres de Occidente pronunciaré la peligrosa  
|confidencia: que nuestra dulzura asentada en el cum-  
|plimiento y en la certidumbre acoja con manos firmes  
|su violencia insatisfecha.

Que nuestra inteligencia reconozca la verdad de su instinto,  
|y juzgaremos que la guerra es buena como ellos lo  
|sienten.

Y no la guerra que estalla y que aniquila tantas vidas.

Sino la guerra que amenaza, la guerra latente en la actividad  
|del mundo, la guerra que compone una circulante atmós-  
|fera en torno a los pulmones humanos.

La guerra, germen eterno en el corazón de la paz, brote maligno  
|que se marchita siempre antes del tiempo de su plenitud.

No son sutiles los que sólo han alabado la guerra ya mani-  
|fiesta. Ciertamente ella opera una beneficiosa separación  
|entre las energías secretas y las que están marcadas para  
|la disolución.

Pero, sobre todo, los combates inscriben los resultados de la  
|guerra virtual, esta soberana presencia en tiempo de paz  
|del alma de la guerra, del espíritu de inquietud, en fin  
|de la acción que eyacula al mundo.

Conozco una de las vanidades de mi grito. Exalto la guerra  
|porque está ligada a la grandeza.

La guerra hace saltar como una virginidad la grandeza de un  
|pueblo joven, o bien acentúa el temple de un pueblo que  
|culmina.

Pero todo es signo de muerte para quien marcha hacia la  
|muerte. La guerra sólo mata a los pueblos moribundos.

Que una raza muera en un pudridero de carnes todavía vivas  
[antes que en el lecho senil.  
Tal es la suerte que yo elegiría para Francia si de colmarla la  
[la fortuna se cansase.  
Y más allá de Francia, está la aventura humana, la historia.  
[ese delicado equilibrio entre la barbarie y la civilización.  
Entre la piedad, triunfo mortal, y la crueldad servil y fecunda.  
La vida será siempre una bestia pronta para reventar.

(*Interrogation*, ed. de *La Nouvelle Revue Française*, 1917.)